

No pretendo ser un gato famoso como Garfield, como el gato Félix, como Zorbas. No tengo gran inteligencia ni un color especial que me haga diferente ni he enseñado a volar a una gaviota. Soy sólo un gato común, un gato cualquiera, pero hasta un gato cualquiera tiene una historia que contar. Para quien le interese, esta es la mía.

\*\*\*

Mi madre me parió con otras cuatro crías en una tranquila casa de campo, al despuntar la primavera . Las primeras semanas de vida las pasé luchando a ciegas por hacerme un hueco junto al cuerpo caliente de mi madre y conseguir un pezón lleno de leche. Comer, dormir y pelear es el destino del animal silvestre.

Un buen día me vi solo con ella. Los dueños de la casa metieron a mis hermanos en el maletero de un coche y se los llevaron. Supongo que los abandonaron en la montaña o los entregaron a algún amante de nuestra especie felina. Entre los humanos hay quienes nos quieren pero hay muchos a los que no les gustamos. Dicen que somos traicioneros, ariscos. También hay muchas personas que lo son y no por ello le atribuyen estos rasgos a toda su especie. Nos comparan con los perros y de ellos elogian su docilidad, su lealtad. Sin embargo hay perros que atacan a humanos, incluso a sus propios dueños. Por el contrario, ¿dónde se ha visto a un gato mordiendo a una persona?

En nuestra especie, como en otras, hay variedad de caracteres. Yo era de los nerviosos. En eso no me parecía a mi madre, una gata mansa, incluso un poco perruna, pues se echaba patas arriba junto a los pies de su dueña para que le acariciara la barriga. En lo que sí nos parecíamos era en el pelaje, aunque el mío tenía franjas más definidas y oscuras. Por eso me llamaron Rayas.

Desde que toda la leche de mi madre fue para mí crecí muy rápido, tanto que mi madre tuvo que bufarme con frecuencia para que la dejara tranquila. Había que ver cómo se transformaba la gatita mimosa en un felino de colmillos afilados. Conseguía atemorizarme. Así que empecé a buscar mi comida, pequeños insectos y reptiles, un

pajarillo, una ratita de campo...Se me daba bien cazar. Disfrutaba de la libertad de trepar a los arbustos, pasear por las barandillas, afilarme las uñas en los troncos de los árboles. Cuando llegaban los dueños de la casa comíamos muy bien, nos alimentábamos para varios días y en invierno nos dejaban entrar en la casa y calentarnos junto a la chimenea. Nos construyeron un refugio de madera para los días de lluvia. Se podía decir que llevaba una vida feliz.

Nada hacía presagiar mi infortunio cuando me crucé en el camino de aquella mujer rubia a la que me acerqué sin desconfianza (para que luego digan de los gatos...). Creyó que me había perdido y aunque yo llevaba un collar me cogió en sus brazos y me llevó a su casa, un piso con una terracita donde vivían otros dos gatos: una hembra gris y un macho negro con las patas blancas. Me recibieron con indiferencia. Éstos sí eran los gatos típicos, cada cual a la suya, ni fu ni fa. La mujer mostraba su predilección por mí porque me encantaban las caricias y jugar con los objetos de goma, al fin y al cabo yo aún era una cría a pesar de mi tamaño.

Entre el juego, las comidas abundantes y los mimos de la dueña se me pasaron los primeros días sin acordarme apenas de mi madre. Hasta que empecé a echar de menos perseguir ratones y trepar a los árboles enganchándome con las uñas en la áspera corteza.

Husmeé por todas las esquinas y aberturas de la casa buscando una salida pero mis compañeros me disuadieron. "No te molestes, estamos encerrados", me informaron, "Es por nuestra seguridad, para que nada nos pase: podría atropellarnos un coche, o atacarnos un perro".

Así fue como perdí mi libertad y empecé a convertirme en un gato gordo y triste. Gordo como Guantes, el macho negro de las patas blancas. Triste como Gris, la gata del color de su nombre.

Pero la añoranza por mi vida anterior no desaparecía con los nuevos juguetes que me

ofrecía la dueña ni con las caricias ni los succulentos platos de pescado, mi manjar favorito.

Una noche sin luna, en un descuido del marido de la dueña, me escapé del piso. Estaba tan nervioso que eché a correr sin fijarme hacia dónde iba. Me paré asustado en medio de una gran oscuridad. De pronto un foco de luz amarilla apareció frente a mí haciéndose más intenso por momentos. Di un gran salto y me hice a un lado comprobando que no había perdido esa habilidad felina. Me percaté de que había cruzado la carretera sin ser consciente del peligro, un peligro real del que me habían advertido mis compañeros. Me había jugado la vida ( tal vez sea cierto que los gatos tenemos hasta siete) con una imprudencia fruto de mi ignorancia. Busqué un rincón para pasar la noche protegido y cuando salió el sol comencé a andar sin rumbo fijo.

\*\*\*